

Las categorías del simulacro

Para Ruben Espinosa

Hace mucho tiempo que los cenáculos político-académicos han comprendido que en términos de Salud Pública, es necesario relativizar-historizar las categorías técnico-científicas que se utilicen, pero haciéndolas aparecer y entendiéndolas como subalternas y segundas respecto a las categorías y relaciones sociales y económicas de esa sociedad.

Las usinas locales provistas de ideas y fondos por los organismos financieros internacionales, siguen obstinadamente indicando entre otras cosas, que nuestros patéticos índices de marginalidad-exclusión sanitaria, son solo producto de la falta de aplicación de políticas/técnicas, consensuadas entre los profesionales de la salud.

“No estamos aplicando conocimientos suficientes; nuestra mortalidad infantil se mantiene porque solo usamos conocimiento escaso y antiguo; todo es producto de nuestra incapacidad nacional para construir políticas conjuntas...”. Estas y otras relatividades, ocultan la seriedad de déficit estructural que se proyecta sobre la salud de los argentinos y simulan baños insignes de sabiduría excelsa, para esconder las objetivas categorías económico-sociales que determinan la situación de desastre que vive el país necesitado.

Todo parece ser cuestión de técnica y ciencia y con ellas, la justicia y equidad que deba esperarse. Esto es lo mismo que creer que el sistema económico reinante tiene las condiciones básicas intrínsecas para ordenar a la sociedad, una de esas condiciones la otorgan las condiciones técnicas, o los consensos profesionales-intelectuales que puedan armarse dentro de sistema.

Miremos el porcentaje de mortalidad infantil inevitable y se advertirá que desde el final de los setenta, casi veinte años después, ese nivel está estancado en el 65 % y que en tal período aumentaron las muertes evitables en el período postneonatal y neonatal.

Aquí también se pueden aplicar los requerimientos de una conceptualización reformista y decir que esto es así, porque no se han utilizado adecuadamente las condiciones técnico-científicas disponibles.

Por eso resulta oportuno apelar al pensamiento del agudo y polémico filósofo italiano Toni Negri, quien nos decía que “cada vez que el reformismo se aproxima a la clase

obrero, a la que el mismo capitalismo ha llevado a un nivel tal de madurez y potencia, hete aquí que es entonces cuando aparecen el sentido de ambigüedad y el sentimiento de fragilidad hasta la precariedad...” (T. Negri. Fin de siglo. Paidós, Buenos Aires, 1995, pag. 50)

Esta ambigüedad y fragilidad, hasta el límite de la precariedad, surge del seno mismo de una sociedad capitalista que indica cuidadosamente a sus defensores y panegiristas, la necesidad de encuentros y acuerdos, pero dentro de su propia supremacía, teñidas con el aporte simulado de la esperanza reformista, en utópico horizonte que las contradicciones se encargan de seguir desmintiendo.

En estos tiempos el reformismo se viste de aspiración técnica que se conforma como la gran simulación, en la cual toda reforma enunciada y hasta puesta en práctica, no será un reconstrucción transformadora de nuestra asfixiante y opresiva realidad, sino la continuidad en la misma, con otros ingredientes y otros matices, pero siempre encubriendo la verdadera y única realidad que el capitalismo, hoy salvaje, disfrazado de libertad de mercados, descentralización, autogestión hospitalaria, flexibilización de la seguridad social, debe proteger, difundir y reproducir en toda instancia.

Como ellos y sus portavoces lustrados cuentan, nuestras calamidades suceden porque no hemos utilizado “nuestra sangre intelectual y nuestro conocimiento...”; no porque carezcamos de “nuevas panaceas electrónicas o farmacológicas...”. No, no es por eso que tenemos semejantes índices de mortalidad infantil, de enfermedades transmisibles, de malnutrición, de psicosis irreversibles, de drogadicción...; no, no es porque no tengamos técnicas y saberes, aunque digamos a renglón seguido que se trata de nuestro “... escaso conocimiento y menor consideración de variables sociales como la feminización laboral o el enorme incremento de madres adolescentes y pobres que son cabeza de familia...”

No importa quien lo diga; no interesa individualizarlo; es de todas formas el discurso apropiado para que el sistema no cambie. Es el “verso”, como dirían los Calcagno, que mejor cubre las espaldas del neoliberalismo, el que no quiere de ninguna manera que mencionen en su casa, las categorías esencialmente objetivas que definen las condiciones de explotación, que determina tales calamidades. No es del caso mencionar el autor del discurso, son ideas similares a las de tantos que sirven al sistema, aunque para ello utilicen un lenguaje pulcro, distinguido y hasta técnicamente aceptable. Con ese discurso se simulan cambios, o se propone un “gran Pacto Social para la salud”, y de inmediato se pasa por la Tesorería de los organismos internacionales, algunas veces localizados en nuestras propias direcciones o secretarías administrativas, para cobrar los suculentos honorarios que la “adecuadas consultorías” merecen, como custodios del orden establecido.

Las desesperanzas y calamidades nuestras, propias de las sociedades de lo hoy “llamados mercados emergentes...” para seguir el simulacro tecnológico, pero siempre conocidos como países neocoloniales, subdesarrollados, excluidos o atrasados, es parte de las condiciones económico sociales que surgen intrínsecamente del sistema de acumulación capitalista reinante.

Y para todo entendimiento científico, objetivo y certero, las categorías de análisis no son las platónicas y acríticas condiciones paradigmáticas de los tecnócratas simuladores y telúricos, que amparan y sostienen el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, ni la propia Oficina Panamericana de la Salud, o las demás fórmulas colonizadoras de las más diversas fundaciones extranjeras, mimetizadas con las que parecen nacionales porque actúan en el país y responden a tecnócratas de nuestra nacionalidad.

La mortalidad infantil está unida, indisolublemente determinada, por las condiciones de la apropiación ilegítima que las clases poderosas hacen del trabajo de los desposeídos de los instrumentos productivos.

La corrupción esencial del plusvalor está en la categoría raigal de este patetismo de “los criollos”. Sobra con saber las diferencias que establece la distribución dramática de los ingresos de los argentinos, para comprender donde está el sentido y las categorías de la verdad como la entiende Spinoza el forjador de esa Ética lacerante que hace trescientos años indica las razones del fraude y la mentira.

Se trata del propio sentido del capitalismo, es decir tal como insiste Deleuze, del atributo de las cosas; allí en las cosas sobrevive el sentido y ellas han sido dispuestas por el capitalismo en sus formas dominantes, aunque tal capitalismo, hoy tecnológico, tardío o posfordista, siempre está dispuesto a establecer las relaciones más particulares con el sinsentido (G. Deleuze. Lógica del sentido. Paidó, Barceña, 1989, pag. 23).

Para ese sinsentido cuenta con el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y otras fórmulas como fundaciones extranjeras o “cipayas”, que siempre están dispuestas a encontrar y elaborar discursos tecnocráticos que formen el gran simulacro de esta posmodernidad. Es una fórmula, todavía eficaz para demorar la “ira justiciera”, de nosotros, el pueblo criollo que ya algunas veces se levantar, para destruir tales como éstas, las categorías del simulacro.

Floreal A. Ferrara